la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. Á los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mi no dejaba dormir. Íbase á mis pajas y trastornábalas y á mi con ellas, pensando que se iba para mi, y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaecia á estos animales buscando calor irse á las cunas donde están criaturas, y aun morderlas y hacerlas peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: ¿esta noche, mozo, no sentiste nada? pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti á la cama, que son muy frias y buscan calor. Plegue á Dios que no me muerda, decia yo, que harto miedo la tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que la culebra, ó el culebro por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de dia mientras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos.

Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que vivi con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer; porque de otra manera no era señor de una blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remedio que no me buscaba muy á menudo. Pues así como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella.

Quisieron mis hados, ó por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que ya durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave que de cañuto era, y silbaba (segun mi desastre quiso) muy recio: de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la

culebra; y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mi con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se habia venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe; contaba él que se habia llegado á mi, y dándome grandes voces y llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho; y con mucha priesa fue á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien que de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras que podria ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego á probarla, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el raton y culebra que me dahan guerra y me comian mi hacienda, he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna seña daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas esto que he contado, oí (despues que en mi torné) decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian, lo contaba por extenso. Al cabo de tres dias, yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: ¿qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: á fe que los ratones y culebras que me destruían, ya los he cazado. Y miré por mi, y vime tan maltratado que luego sospeché mi mal. Á esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiénzanme á quitar trapos de la cabeza y curar el garrota-

zo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron: pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada. Tornaron de nuevo á contar mis cuitas y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron remediar: y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre y medio sano. Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mio; busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego, y santiguándose de mi, como si yo estuviera endemoniado, se volvió á meter en casa y cerrar su puerta.

Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.

P. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

De esta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco con ayuda de las buenas gentes di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, en donde, con la merced de Dios de allí á quince dias se me cerró la herida.

Mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas despues que estuve sano, todos me decian: tu bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas. ¿Y adónde se hallará ese, decia yo entre mi, si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no le criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topé con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en órden. Miróme, y yo á él, y díjome: ¿muchacho, buscas amo? yo le dije: si señor. Pues vente tras mi, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo: alguna buena oracion

rezaste hoy. Yo seguíle dando gracias á Dios por lo que oí, y tambien que me parecia segun su hábito y continente ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendian pan y otras provisiones, y yo pensaba y aun deseaba que allí me cargase de lo que se vendia, porque esta era própia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no lo ve aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dieron las once: entonces se entró en la Iglesia mayor y yo tras él, y muy devotamente le vi oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado; y la gente ida, entonces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba èl mas alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como deseaba y aun la habia menester. En este tiempo dió el reloj la una despues del mediodia, y llegamos á una casa ante la cual mi amo se paró y yo con él; y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta. Entramos en casa, la cual tenia la entrada obscura y lóbrega, de tal manera que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras. De que fuímos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudímos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Hecho esto, sentóse cabo de ella, preguntándome muy por extenso de donde era, y como habia venido á aquella ciudad: y yo le di mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las

dos, y no verle mas aliento de comer que á un muerto. Despues de esto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes, sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arca como el de marras. Finalmente ella parecia casa encantada.

Estando así díjome: ¿tú mozo has comido? No señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho, cuando con vuestra merced encontré.

Pues aunque de mañana, dijo él, yo habia almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que despues cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos. Allí se me vino á la memoria la consideracion que hacia cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. De eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado de ella hasta hoy dia de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él; y por eso te querré yo mas, porque el hartarse es de los puercos, y el comer regaladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo, hallan en la hambre.

Púsome á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. Él, que vió esto, díjome, ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo lleguéme á él, y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: por mi

Patronato Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

vida que parece este buen pan. Y como ahora, dije yo, ¡señor, es bueno! Si á fe, dijo él: ¿adónde le hubiste? si es amasado de manos limpias. No sé yo eso, le dije, mas á mi no me pone asco el sabor de ello. Así plegue á Dios, dijo el pobre de mi amo; y llevándole á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en el otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios. Y como le sentí de que pie cojeaba, dime priesa, porque le vi en disposicion que si acababa antes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase; y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo; y despues que hubo bebido, convidóme con él. Yo por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: mozo, párate allí, y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, é hicimos la negra cama; en la cual no habia mucho que hacer; porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa, que por no estar muy continuada á lavar, no parecia colchon, aunque servia de él con harta menos lana que era menester. Aquel tendimos haciendo cuenta de ablandarle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco. Sobre aquel hambriento colchon pusimos un cobertor del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es

tarde, de aquí á la plaza hay un gran trecho: tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean, pasemos como podamos, y mañana viniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido, antes he comido estos dias por allí fuera; mas ahora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mi, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si por esa via es, dije entre mi, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenerla toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabezera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus pies; lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de risar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne: y tambien como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad. Maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y á mi ruin fortuna allí lo mas de la noche; y lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedia á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer despacio, echéle aguamanos. Peinóse, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome, ¡ó si supieses, mozo, que pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo por el que yo la diese: mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta los tiene; y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo, vesla aquí, yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana. Y yo, dije entre mí, con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras.

Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al rio que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente al Conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir. ¿Á quién no engañara aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trajo un dia y noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la halda del sayo? nadie por cierto lo sospechara. ¡O señor, y cuántos de aquestos debeis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufririan!

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Torneme á entrar en casa, y en un *credo* la anduve toda alto y bajo sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el rio, donde en una huerta ví á mi amo en gran requesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos de lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndo-

les mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frio de bolsa cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas que debian ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme á pensar que haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fue mi esperanza. Desde que vi ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro la puerta y pongo la llave do mandó y tórnome á mi menester con baja y enferma voz; é inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego le aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan enfiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada; y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mi, y pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de do venia; yo le dije: señor, hasta que dieron las dos, estuve aquí; y desde que vi que vuestra merced no venia, fuíme por esa

ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía. Á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperado te he á comer, y desde que vi que no veniste, comí, mas tu haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedirlo por Dios que no hurtarlo, y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra; aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido; nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene que pedirme esa cuenta, ni yo de darla. Ahora pues, come pecador, dijo él, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido, debe de ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pie, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda de ellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por glotón, callé la merienda, y comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan. Disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mi, como yo habia de él, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien convidarle, mas por haberme dicho que habia comido, temíame no acetaria el convite. Finalmente yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio y se desayunase, como el dia antes hizo; pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mi, y dijome, dígote, Lázaro que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi á hombre, y que nadie te lo ve ha-

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

cer, que no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tu tienes (dije yo entre mi) te hace parecer la mia hermosa. Con todo parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele; señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca está tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? preguntó él. Si señor, le dije yo. Digote, dijo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa. Pues pruebe, señor, dije yo, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco. Asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia ganado, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tu, respondí yo paso. Por Dios, dijo él, que me ha sabido, como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mi. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traido. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que le habia á mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir, como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener.

Con todo le queria bien, con ver que no tenia ni podia mas, y antes le habia lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal: porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y entanto yo por salir de sospecha desenvolvíle el jupo y las

calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene: mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre. Aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios me es testigo, que hoy dia cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que á aquel le vi sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho. Solo tenia de él un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, que aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar: el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como aquel año esta tierra fuese estéril de pan, acordó el Ayuntamiento, que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad; con pregon, que el que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así ejecutando la ley; desde á cuatro dias que el pregon se dió, vi llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles: lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, la tristeza y silencio de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. Á mi diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodon, que hacian botones y vivian á par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que la laceria que les traian, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenia tanta lástima de mi como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió; á lo menos en casa bien los estuvimos sin comer: no sé yo como ó donde andaba, y que comia; y verle venir á mediodia la calle abajo, con estirado cuerpo mas largo que galgo de buena casta; y por lo que tocaba á su negra que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarbando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y obscura, mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir de ella.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion, un dia, no sé por cual dicha ó ventura, en el poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió diciendo; toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: vé á la plaza, y merca pan, vino y carne; quebremos el ojo al diablo. Y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno, mas tal vista tiene, y tal obscuridad y tristeza. Vé y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro, y á los pies dándoles priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fue este, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la

calle abajo muchos clérigos, y gente en unas andas traían. Arriméme á la pared por darles lugar, y así que el cuerpo pasó, venia luego á par del féretro una que debia ser la mujer del difunto, cargada de luto y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: ¡marido y señor mio, adónde me os llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y obscura, á la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡ó desdichado de mi! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que puede para mi casa; y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el ausilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿qué es eso, mozo? ¿qué voces das? ¿qué has, porqué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo así, respondió él? Aquí arriba le encontré, dije yo, y venia diciendo su mujer: ¡marido y señor mio, adónde os llevan! ¡á la casa lóbrega y obscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia ya yo echada el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa. Y luego que fue ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díjome: verdad es, Lázaro, segun la viuda iba diciendo, tu tuviste razon de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer.

Dejadlos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome;

que bien era menester segun el miedo y alteracion, y me tornó á encaminar.

Mas aunque comímos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se acordaba de aquella mi consideracion.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extranjero por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenia. Al cabo se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su historia, y díjome ser de Castilla la Vieja, que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero, vecino suyo. Señor, dije yo, si él era lo que decis y tenia mas que vos, no errábais en quitárselo primero, pues decis que él tambien os lo quitaba. Si es, y si tiene, y tambien me le quitaba él á mí; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves, un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo: que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide de un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia: mantenga Dios á

JUNTA DE ANDALUCIA
Pat. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

vuestra merced. Vos, D. Villano Ruin, le dije yo, ¿porqué no sois bien criado? manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera. De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mozo, dijo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de: beso las manos de vuestra merced: ó por lo menos; bésoos, señor las manos, si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufriria á hombre del mundo del rey abajo, que manténgaos Dios, me diga. Pecador de mi, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufre que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que á no estar derribado, como está, daria cada año mas de doscientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra: y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no les sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan, mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y sino anda con Dios, os dicen: y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria; ¿pues por ventura no hay en mi habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios si con él topase, muy gran privado suyo pienso

que fuese, y que mil servicios le hiciese, porque yo sabria mentirle tan bien como otro, y agradarle á las mil maravillas; reirle mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo: nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no matarme por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo viese, con la gente de su servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si riñese con alguno su criado, dar unos puntillos agudos para encenderle la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador; hablar mal de los de casa y de los de fuera; pesquisar y procurar saber vidas ajenas, para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores de él parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el dia de hoy de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

JUNTA DE ANDALUCIA Monumental de la Alhambra y Generalife CONSEJERIA DE CULTURA

De esta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fue sin vuelta; por manera que á la tarde ellos volvieron, mas fue tarde: yo les dije, que aun no era venido.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas á estotra puerta. Las mujeres les responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia adonde esta-

ba, y que tampoco habia vuelto á casa, desde que salió á trocar la pieza, y que pensaba que de mi y de ellos se habia ido con el trueco. Luego que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y he aquí que los dos vuelven luego con ellos, y toman la llave y llámanme, y llaman testigos y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dícenme: ¿qué es de la hacienda de tu amo? ¿sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del jubon, diciéndome; muchacho, tu eres preso, si no descubres los bienes de este amo tuyo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar, si, habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no veia; yo tuve mucho miedo, y llorando prometíle decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues di lo que sabes y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome que tenia. Señores, dije yo, lo que este amo mio tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para reintegrarnos de la deuda: ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso, me preguntaron? En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos, ¿y á dónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo que él era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: señores, este es un niño inocente, y ha pocos dias que está con ese escudero, y no sabe de él mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á la noche se va á dormir con él.

JUNTA DE ANDALUCIA Consejería de Cultura

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian, que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba mas por venir á aquel. Finalmente despues de dadas muchas voces, al cabo cargaron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá iban todos cinco dando voces: no sé en que paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba, pues al tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha: pues señalándose todo lo que podia contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mi.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Como Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el cuarto, y este fue un fraile de la Merced, adonde las mujercillas que digo me encaminaron, al cual ellas llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompia él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto y por otras cosillas que no digo, salí de él.

Como Lázaro se asienta con un bulero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura dí, que fue un bulero, el mas desenvuelto, y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamás yo vi ni ver espero, ni pienso, ni nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas no de mucho valor ni substancia. Una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, ó á cada uno sus sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen á sus feligreses á tomar la bula, ofreciéndole á él las gracias. Informábase de la suficiencia de ellos: si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvueltísima lengua. Y si sabia que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, haciase entre ellos un Santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo menos que lo parecia, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que veia hacer, seria largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver tenian intencion de tomársela; y él estaba dado al diablo con aquello. Y pensando que hacer se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana para despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber pala-

bras. Sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio; y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para matarse. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo, que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente los del pueblo viendo que no bastaban para ponerlos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida mi amo se fue á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula: y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto: de manera que tras que tenian mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermon entró por la parte de la iglesia el alguacil; y luego que hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir:

Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisiéreis. Yo vine aquí con este echacuervos que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y ahora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y que yo *directè* ni *indirectè* no soy parte en ellas, y que des-

de ahora dejo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algun tiempo este fuese castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad, y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban, se quisieron levantar, y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo, mas mi amo les fue á la mano, y mandó á todos que so pena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio, mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si queria decir mas, que lo dijese. El alguacil dijo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por ahora basta.

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible; tu sabes la verdad, y cuan injustamente yo soy afrentado. En lo que á mi toca, yo le perdono, porque tu, Señor, me perdones. No mires aquel, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria á ti hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es con tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no le desimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera, que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel persuadido por el demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tal golpe

en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar; y comenzó á bramar y echar espumarajos por la boca y torcerla, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos dicen: el Señor le socorra y valga; otros: bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca de él estaban. Otros le tiraban por las piernas y tenian reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase: y así le tuvieron un gran rato; porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

Á todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la iglesia habia, no eran parte para apartarle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya de ellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padecia, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que al rededor estaban, y muy pausadamente les dijo: buenos hombres, vosotros nunca habíais de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicar, que le

cumpla lo que nos manda, y su Magestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendóles, que muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar de él el demonio, si su Magestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de la pasion de predicador y auditorio devoto; suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y puso en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y luego que fue bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandóle perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer el daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y cuando á ellos llegábamos, no era menester sermon ni ir á la iglesia; que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran de balde: de manera que en

diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuímos, echó el Señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado que tambien fuí de ello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¿cuántas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente?

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

Como Lázaro se asentó con un capellan, y lo que con él pasó.

Despues de esto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerle los colores; y tambien sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la Iglesia mayor, un capellan de ella me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fue el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba por mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedís. Fueme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que le usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para vestirme muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Luego que me vi en hábito de hombre de bien, dije á mi amo se tomase su asno que no queria mas seguir aquel oficio,

Como Lázaro asienta con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil, mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron á mi y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos; y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mi no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato. Y pensando en que modo de vivir haria mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme, y ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el cual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar á los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien y yo le he usado tan facilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mi que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de hacerlo, y así me casé con ella; y hasta ahora no estoy arrepentido, porque fuera de ser buena hija, diligente y servicial, tengo en mi señor

Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las pascuas su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, é hízonos alquilar una casilla á par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa: mas malas lenguas que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué: que ven á mi mujer irle á hacer la cama y guisarle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque además de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que el me habló un dia muy largo delante de ella, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaria, alguno viendo entrar en mi casa tu mujer y salir de ella. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo, á tu provecho. Señor le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que antes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante. Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros: y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado: en tal manera que quisiera ser muerto, antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca mas en mi vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo: mira, si sois mi amigo, no me digais cosa que me pese, que no ten-

JUNTA DE ANDALUCIA
R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

go por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco, que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, me mataré con él. De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido.

Da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores así naturales como extranjeros, que do quiera que llegaba, no habia para mi puerta cerrada, y en tanta manera me vi favorecido, que me parece si entonces matara á un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara todo el mundo de mi bando y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, en donde hacíamos la buena y espléndida vida. Allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros pies y salir en ajenos: y lo mejor de esto es que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar. Antes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo querlo pagar tomábanlo por afrenta, y mirábanme con alguna ira, y decian: *nite, nite, asticot, lanz*; reprendiéndo-

me y diciendo: que donde ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero, cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especie, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenia en mi casa de comer yo y mi mujer hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias, que así andan las cosas y tiempos.

Mas como dice el refran: *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá.* Así me acaeció, que se mudó la gran corte como hacer suele, y al partir fuí muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harian y acontecerian. Mas acordándome del proverbio que dice: *mas vale el mal conocido que el bien por conocer,* agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí de ellos. Y cierto, si casado no fuera, no dejara su compañía, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion: y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en cualquier bodegon la gorra quitada, si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tan bien proveida, que no me lá dé Dios peor, cuando buena sed tuviere. Mas el amor de la mujer y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen; *¿de dó eres, hombre?* tiraron por mi. Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores de ella, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana.

Estuve muy á mi placer, con acrecentamiento de alegria y linaje por el nacimiento de una hermosa niña, que en estos medios mi mujer parió, y que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia: hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡O gran Dios! y ¡quién

podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos!

FIN DEL LAZARILLO DE TORMES.

Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

ÍNDICE.

	Pág.
El Editor	1
Luis Tribaldos de Toledo al lector	V
Noticias de la vida de D. Diego Hurtado de Mendoza	IX
Libro I	1
Libro II	43
Libro III	88
Libro IV	141
Discurso del conde de Portalegre	170

LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Prólogo del autor	185
Cuenta Lázaro su vida y quien era su padre	187
Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó	198
Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él	209
Como Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él	225
Como Lázaro se asienta con un bulero, y de las cosas que con él pasó	226
Como Lázaro se asentó con un capellan, y lo que con él pasó	231
Como Lázaro asienta con un alguacil, y de lo que le acaeció con él	232
Da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos y lo que con ellos pasaba	234

FIN DEL ÍNDICE.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES,

Ó

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS,
NACIONALES Y EXTRANJERAS,

publicada bajo la direccion

DE D. JAIME TIÓ.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El Editor.

Esta *Biblioteca* contendrá los partos mas prodigiosos del entendimiento humano; la historia, que enseña, corrige y mejora; el teatro, que tambien mejora, corrige y enseña; libros de crítica, de moral y de religion, viajes que deleiten y admiren; las epopeyas de los principales pueblos y los mejores poemas del nuestro.

Una agradable variedad de escritos y de escritores de todos tiempos satisfará sin duda alguna al lector mas exigente, cualquiera que sea su gusto, sea cual fuere su inclinacion. Con este fin alternaremos unos libros con otros para que así sea su lectura mas deliciosa. Ya daremos una

de esas obras sesudas, profundas y filosóficas en que se encierran las meditaciones de un sabio, las reflexiones de la experiencia, los arcanos que adivinan los genios para divulgarlos luego en pro de todo el género humano, uno de esos libros en fin en que se refleja el alma de Kant ó el espíritu de Bentham, y en seguida otro de naturaleza enteramente distinta. Aquel habrá nacido entre las tinieblas del norte, este bajo los rayos del sol del mediodía, y será fogoso como la imaginacion de Alfieri, ardiente como el entusiasmo de Mery, sublime como el pensamiento de Espronceda, apasionado como el corazon de Zorrilla y libre como el genio de nuestros mejores vates.

No excluimos á los escritores de novelas, pues injusto fuera segregarlos, cuando sus escritos sean historias de las costumbres de diferentes siglos como las de Scott, fisiologías de pasiones como las de Gœthe y de Balzac, cuadros llenos de ingenio y de entusiasmo como los de D'Arlincourt, ó historias del arte como las de Hugo y de Saintine. Antes al contrario, á obras de esta naturaleza las daremos siempre lugar en nuestra *Coleccion*, para que el ánimo descanse despues de lecturas serias ó se solace tras de severos estudios.

Con este objeto nos hemos procurado relaciones con los principales editores extranjeros, que nos remitirán cuanto salga de sus prensas aun antes que se publique en su país. Si conviniere saldrán al mismo tiempo las obras originales, así las de amena literatura, como las de profundo estudio, que sus traducciones, que se harán directamente del idioma en que aquellas estén escritas.

Si se mira la parte económica de nuestro **TESORO** se hallará que, siendo mas barata de cuantas colecciones se han publicado en España, es al mismo tiempo la mas hermosa, pues no se queda atrás de las que hacen en Paris Charpentier y Gosselin, á quienes hemos tomado por modelos. En un tomo de tres á cuatrocientas páginas, de letra clara, pero muy compacta y bien legible, de que puede servir de muestra esta obra, encerraremos siempre la materia que

JUNTA DE ANDALUCIA · Patronato de la Alhambra y Generalife · CONSEJERIA DE CULTURA

otros editores pongan en dos, resultando así nuestros libros á la mitad del precio á que se venden los de las ediciones vulgares cuando menos.

Condiciones de la suscripcion.

Esta interesante COLECCION, adornada con PRIMOROSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ACERO, se publica por tomos de igual tamaño, los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos volúmenes regulares sin cansar por esto la vista del que los lee.

De este modo se evita el inconveniente de que se extravien, rasguen ó ensucien entregas que aun deben encuadernarse, y al recibir cada una de ellas puede ya leerse sin quedar la impaciencia de curiosidad hasta que llegue la segunda.

Su precio es excesivamente módico, pues por solos 12 rs. vn. en Barcelona y 14 fuera de ella, cada tomo de 300 páginas, y 10 y 12 reales respectivamente los que no lleguen á este número, los mismos que cuesta la suscripcion á cualquier gabinete de lectura, pueden hacerse los suscriptores con una *selecta biblioteca*, quedando así compensadas las ventajas que algunos creen encontrar en las suscripciones por cuadernos, las cuales en último resultado aumentan siempre considerablemente el coste total de las obras.

Publícase un tomo cada mes; y mas adelante se dará uno cada quince dias si así pluguiese á la mayoría de los suscriptores.

Estos no tienen que pagar nada adelantado, sino solo dejar nota de su nombre y habitacion, donde se les pasarán los tomos que podrán satisfacer á medida que los vayan recibiendo, sin que tengan obligacion de suscribirse á toda la coleccion pues podrán hacerlo á las obras que mejor les convengan.

Fuera de suscripcion se venderán estas mucho mas caras.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Obras publicadas.

EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde D'ARLINCOURT, y traducido por D. Jaime Tió; 1 tomo de 416 páginas con lám. para los suscriptores. . . . . 12 rs.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, y terminada por D. Jaime Tió; 1 tom. de 400 pág. lám. . . . . 12 rs.

EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió; 1 t. de 260 pág. lám. . . . 10 rs.

GUERRA DE GRANADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES; historia escrita por D. D. HURTADO DE MENDOZA; seguida de LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por el mismo autor; 1 t. de 270 pág. lám. . . . . 10 rs.

Obras en prensa.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por *Federico Soulié*, y traducida por J. Tió; 1 t. lám.

LELIA. Novela de *Mad. Sand*, traducida por J. Tió; 1 t. lám.

TEATRO DE DUMAS. Primera serie: contiene: *Cristina de Suecia.—Enrique III.—Catalina Howard.—Margarita de Borgoña.—Caligula.* Traduccion de J. Tió; 1 t. lám.

MIS PRISIONES. MEMORIAS DE SILVIO PELLICO, traducidas del original italiano por J. Llausás. (Las precede una noticia biográfico-crítica del autor, por *A. de Latour*, y las completan notas y aclaraciones históricas de *Pedro Maroncelli.*) Seguidas de los DEBERES DEL HOMBRE (discurso dirigido á un jóven italiano), por el mismo autor, y traducidos por M. Milá; 1 t. lám.